





Estado del país. — REVISTA AUSTRIACA. — ANECDOTAS. — MARIA LUISA. — ESPERANZAS.

Los negocios de Parma son en alto grado deplorables; y muestran claramente las armas de que hace uso la política retrograda y austriaca de algunos estados italianos, para contrariar el movimiento progresivo que se ha manifestado en los pueblos, y en algunos gobiernos de la Península. Si en Milán, y en el reino Lombardo-Veneto, el partido opositor se opone a las nuevas tentativas, con persecuciones, arrestos y rigores de procedimiento, en Parma se las hace la guerra con hechos más atroces de despotismo, y con el derramamiento de la sangre humana. Parma, sujeta a una princesa austriaca, y gobernada por un comisario austriaco, que la corte de Viena pone a su lado para dirigirla, está en realidad dominada por la política melancólica y persecutoria de aquel imperio. De aquí procede la supremacía de los jesuitas, de los comandantes militares, de la policía y de una censura arbitraria y caprichosa. El gobierno de Parma no podía menos de mirar con horror la nueva era que se está iniciando en Italia. Una oposición sería, como la que el Austria hace en todas partes, a las ideas regeneradoras del siglo, debía realizarse en este país; y así se ha verificado.

Un decreto de la Duquesa de 4 de junio, que prohibía la entrada de periódicos extranjeros, excepto los privilegiados, fué la primera señal de esta oposición, y el primero de una larga serie de males. Esta prohibición causó una indignación general: tanto más, cuanto que no se promulgó en la forma ordinaria, sino que quedó consignada en la policía para su gobierno. Entre tanto, los agentes no cesaban de borrar los vivos a Pio IX, que se lea en los muros de todas las casas. A pesar de esto, se escriben de nuevo todos los días.

Los sucesos de Roma, han hecho grande impresión en todos los pueblos italianos, los cuales suspiran por un orden de cosas, más análogo que el presente a las necesidades del siglo. Las acciones de Pio IX, le han cautivado los ánimos, y los pueblos no han cesado de manifestarle su afecto y su gratitud. Las fiestas de Roma, no solo fueron reproducidas en todo el territorio pontificio, sino también en las poblaciones de los otros estados. El aniversario de su elección, considerado justamente como un suceso de la mayor importancia para el porvenir de la península, fué festejado de mil maneras en las principales ciudades. En Parma, la juventud deseó solemnizar aquel día (16 de junio) y pidió a la autoridad el permiso de reunirse en un banquete. Negada la licencia, como era de esperarse, los jóvenes imaginaron otro medio de satisfacer su deseo. Hicieron aquel día distribuir en la casa de la Providencia, que es una especie de hospicio, tras mil raciones de pan a los pobres, y que se cantaba una misa solemne, en la iglesia de la Anunciada, por los frailes de San Francisco. Todo el pueblo tomó parte en esta sagrada y piadosa función. Por la tarde, se reunieron los jóvenes, y especialmente los estudiantes, en uno de los principales cafés de la ciudad, al cual concurrió mucha gente. De allí se dispersó el pueblo por las calles, gritando: «¡Fuera los austriacos!» y en un momento, estando ya las calles preparadas, se mostró una general iluminación. Los que no tomaron parte en esta manifestación fueron silbados. Toda clase de ciudadanos, sacerdotes, señoras, ancianos y niños, circulaban gozosos por las calles, sin un grito, sin una injuria, sin el menor síntoma de desorden. No se oían más palabras

que vicia Pio IX. Pero del entusiasmo popular no participaron los cuatro regimientos de la guarnición, ni los ministros, ni Salis, suizo y coronel austriaco, ni el mayor Gudi, comandante de los dragones.

De repente se vieron rondar por las calles patrullas de a pie y a caballo, y un grueso destacamento tomó posesión de la Plaza Mayor. Al principio la tropa no hizo más que gritar contra el pueblo, pero al fin se dejó a media, los dragones a caballo, sin pedfín infantería, atacaron a paso de carga un grupo de muchachos que los seguían, y cargaron lo desquies sobre la muchedumbre; empujaron a repartir sablazos a derecha e izquierda, maltratando e hiriendo a cuantos se les ponían delante. A las once cayó un aglomerado y dispersó las reuniones; pero los dragones continuaron corriendo por las calles, y seguían hiriendo magros; clérigos, niños y viejos, cuando éstos infelices se retiraban a sus casas. No satisfechos con esto, llevaron sablazos a las nuchas que ardían delante de las iglesias, llenando de impropiedades a los que no apagaban las luminarias de los balcones. Gudi y Salis incitaban a los militares, y hubo oficiales que no se avergonzaron de acuchillar ancianos indefensos. Ni las imágenes, ni los objetos más sagrados se preservaron de insultos. Se hicieron pedazos los retratos del Papa; los templos fueron profanados. Los heridos eran más de ochenta, y entre ellos un pintor distinguido, dos presidentes del tribunal, tres sacerdotes y una muchacha de diez años que llevaba en los brazos un niño de pecho. El número de víctimas habría sido más considerable, si el ministro Passoni no hubiera impedido que se hiciese fuego contra el pueblo, y si el director general de la policía no hubiese mandado retirar la tropa a sus cuarteles.

Las consecuencias de este suceso fueron bastante graves. La noche del 17 gran parte del pueblo se presentó armado en la plaza, pero no ocurrió novedad alguna. El director de la policía hizo una relación escrita de todo lo que había pasado, se declaró enfurecido contra los jefes militares, principales autores de los desórdenes, y dió su dimisión. El corregidor (podestá) convocó el ayuntamiento a sesión extraordinaria, en la cual se decidió enviarse a Viena a pedir una reparación. El clero también se quejó, y quería satisfacción. Todas las clases del estado presentaron reclamaciones, y el procurador fiscal recibió más de cincuenta quejas en un día. El odio de los parianos a los soldados creció por momentos. El comandante de la plaza tuvo que dar su dimisión, como presidente del casino de la nobleza. Todas las casas decentes cerraron sus puertas a los militares y los que los tenían arrendados corrieron en un café, toda la gente se afiló y lo dejó solo. En algunos fondos, y neverías, se han roto los vasos en que habían bebido oficiales o soldados. Este odio entre el pueblo y la milicia, expresado por demostraciones que la autoridad no podía reprimir, debía terminar de una manera cruelosa. En la noche del 25 se esgrimieron las espadas y corrió de nuevo la sangre. Un sobrino del mismo Salis, que iba muy tranquilo por la calle fué detenido por los soldados, llevado a un cuerpo de guardia, y allí robado y oído a bayonetazos de cuyas resultas murió. El 25 se fijó una proclama anunciando el nombramiento de una comisión, para juzgar a los culpables, y avisando a los habitantes que estuviesen tranquilos, y no se acercasen a las centinelas. La proclama fué arrebatada y rota por el pueblo, justamente irritado. Los militares propagaban la voz de que se trataba de una revolución general. Nadie lo ha creído. El director general de la policía está en

favor del pueblo. Ha hecho cambiar el nombre a la guardia de policía; ahora se llama guardia de honor, por no haberse unido a la guardia de sus compañeros. Estos síntomas de favor y justicia empezaron a calmar los ánimos; pero no tardó el desengaño. La regencia negó al podestá el permiso de ir a Viena a pedir una satisfacción a Maria Luisa, y las intenciones de esta princesa fueron muy en breve conocidas. Por su mayor parte el conde de Brathelstein, hizo saber al regimiento que este mandó, su satisfacción por la conducta que había observado en los disturbios recientes. Esta declaración fué leída a la tropa. Se nombró capitán efectivo al teniente Contini, que fué el que cometió mayores excesos en la noche del 14. La comisión nombrada para juzgar a los culpables, se disolvió declarándose inconstituyente. Con sesenta y seis miembros, la soldadesca se hizo más insultante y soberbia. En la noche del 3 de julio, aunque no había empezado de nuevo sus insultos y tropelios, los jesuitas, inermes de miedo, pidieron auxilio y fueron acudidos a ellos en sus colegios. En presencia la autoridad, hace lo que puede por evitar una explosión como la del año pasado, contra aquellos padres.

Estos hechos serían increíbles, si no pasáramos a nuestra vista. No queremos por ahora levantar el velo que cubre los designios infernales de la política que dicta semejantes atrocidades. Cuales sean sus intenciones, los hechos las revelan, y todos los italianos las saben. Una conjuración en Roma, la entrada de los austriacos en Ferrara, los tristes sucesos de Luca, las agitaciones de Venecia, no son casos accidentales, ni aislados. La mano que agita los puñales en Roma, levanta todos los resortes que vemos obrar con tanta uniformidad y energía. Pero Italia, resuelta a reconquistar sus derechos, no se deja intimidar por estas rastrosas maniobras. Estamos todos acordados, todos unidos; tenemos montañas que nos defendan, una juventud arrogante, conjetos que nos dirijan, y el conocimiento veraz y exacto de la fuerza de nuestro enemigo; amenzado en su mismo territorio por la indignación de los pueblos oprimidos. Tenemos sobre todo, un hombre santo y grande, que guiará nuestros pasos por la senda del honor y de la libertad.

REVISTA MINERA.

Extinción de la partida de seguridad de Sierra de Gador.—Eroca, en que se principia la explotación en ella.—Destrucción de las tomas de la Brea y del Sueño.—Desacacias.

Cuando El Español dedica alguna de sus columnas a las noticias mineras, sin otra recompensa probable que el aprecio público, los interesados y aficionados a esta industria estamos obligados a contribuir en cuanto nos sea dable a objeto de tanta utilidad común, a fin de que se mejore en lo posible el laboreo de las ricas minas que abundan en este país privilegiado por la naturaleza, y a que desaparezcan las trabas que impiden el completo desarrollo de este ramo de riqueza. Afortunadamente nuestros esfuerzos aunque débiles, no han sido del todo inútiles; los lectores de El Español habrán visto que en nuestras anteriores revistas denunciábamos los abusos que cometa la partida de seguridad de Sierra de Gador, en vista de los que clamamos repetidas veces porque se extinguiera, mediante los perjuicios que ocasionaba a la minería. La autoridad superior de la provincia no ha dejado de oír los continuos clamores de los mi-

neros, y en su consecuencia ha mandado la disolución de dicha fuerza, y convenida de la máquina utilizada que prestaba, y con noticias sin dadas de las demasías que cometiera. En los juzgados de primera instancia de Canjajar y Berja, se siguen en la actualidad causas criminales contra algunos individuos de dicha partida por el mal uso que de sus facultades hicieron. Imposible parece que a pesar de las espeluznadas quejas que fuertemente producían los mineros y fabricantes contra dicha fuerza que hasta su extinción había merecido la completa confianza del juzgado protector de minas. Hoy se halla encargada la vigilancia de Sierra de Gador a un destacamento de guardia civil, habiendo desaparecido quizá para siempre, una fuerza armada que oprimía y aumentaba los gastos inútiles a los que se ocupan en la explotación de estas minas.

En el año de 1820 al resonar por segunda vez el grito santo de libertad, los felicitosos alijarrones, corrieron prestrosos a ocuparse en el laboreo de las minas de Sierra de Gador, de las que conservan algunos aunque escasos conocimientos; ninguno pudo menos de esperar de este casi general movimiento, que si efectivamente la Sierra de Gador contenía las abundantes minas que algunos decían, desaparecería la miseria que agobiaba a estos pueblos, en razón a la falta de ocupación que sus naturales tenían, y a más llegaria a ser con el tiempo uno de los puntos más ricos de la Península: en efecto, así ha sucedido, pues habiendo organizado en aquella época varias compañías que emprendieron sus trabajos mineros, hasta cierto punto sin orden y sin concierto, multitud de operarios fueron empleados en los pozos y minas que principiaron a abrirse en la Cañada de los Gujarrales, y loma del Sueño, nuevos parajes en los que se vieron algunas minas antiguas abandonadas, y las que contenían indicios ciertos de haber tenido riqueza en otros tiempos. Ni la falta de pericia en los trabajos que entablaron, ni las privaciones que les proporcionara, ni la escasez de compradores que a los alcoholes se presentaban, fueron obstáculos bastantes para arredrar a los que con el mayor gusto gastaban sus intereses en especulaciones mineras.

A uno de los puntos a que en aquella época concurrían mayor número de registradores, fue el paraje nombrado toma de la Brea, como el más inmediato a la cañada de los Gujarrales, en donde se encontraban ya algunas minas con riqueza. La loma de la Brea situada entre la del Vicario y los Gujarrales, está compuesta de roca caliza dura como lo demás de la sierra; sin embargo, en la multitud de pozos y minas que se han abierto en ella, nunca se ha encontrado blandura ni ninguna chiscarra ni piedras calcinadas, aunque se haya taladrado hasta la mayor profundidad; por esta circunstancia, para entablar las labores en sentido horizontal, bastó solo averiguar si está a igual profundidad que otro pozo inmediato que tenga frutos; ó el encontrarse algunas navas de galeña por casualidad. El alcohol plomizo que se ha encontrado en esta loma, lo ha sido adherido fuertemente a la piedra, cubriendo todo el vacío que existe entre ellas y formando una sola pieza: por cuya razón no dejan de hacerse canos todas las piedras, aunque estas no tengan pintado el señal de contener galeña, pues suele encontrarse que su núcleo es un riñón de alcohol de excelente calidad. Los capataces y operarios que se ocupan en las labores de estas minas, han adquirido un conocimiento especial en estas rocas, distinguiendo perfectamente las que contienen metal. Con todo, sería de desear que los ingenieros de minas que las recono-

cen todos los días, y que lo han hecho la mayor parte de los que componen el cuerpo nos enseñaran a distinguir unas cosas de otras, y nos explicaran el fundamento de por qué en esta loma no se encuentra blandura, habiendo estado en las demás, sopadas, trituradas, terrefactas de piedra de agua, etc. Por lo general las labores que se hacen en los pozos de esta loma, son bastante seguras, y en la actualidad se verifican por puntadas, siendo sin embargo, en el día sus productos bastante escasos.

La loma del Sueño, que puede decirse es el verdadero centro de la parte de sierra reconocida hasta el día, que comprende desde los Gujarrales hasta el punto de Parra; y que constituye las tres cuartas partes de campo de explotación, ha sido la más rica de cuantos parajes se han explotado en esta época, y en donde se encuentran el mayor número de minas productivas. En la loma de esta loma y al S. E. de los Gujarrales se descubrieron tres minas, que antiguamente y según tradición, fueron conocidas con los nombres de la del Frasco, Espinosa, y Animas terrefactas, que después han sido comprendidas en diferentes denominaciones, y a las que se les conoce haber sido productivas, tanto por sus grandes banderos como por los señales que estas contienen. En esta loma se han encontrado criaderos de los tres clases reconocidas por los mineros hasta el día, y aun otras que podríamos llamar mistas; pero la mayor parte han sido capos muy irregulares, tanto en su potencia como en su inclinación, pero siempre teniendo que pasar en estría una corteza de roca caliza, dura, de 80 a 100 varas de profundidad, y en cuya labor ni en la superficie ninguno ha encontrado pintas; seules ni guías que indicasen la gran riqueza que existía en su interior. La loma del Sueño que ha producido mas de la mitad del alcohol que se ha extraído de sierra de Gador, no principió a explotarse hasta el año de 1822, si bien puede asegurarse no recibieron sus labores el mayor impulso hasta el de 1824, en el que fué ocupado todo el terreno como por encanto.

Debíamos habernos ocupado en esta Revista del método de explotación adoptado en estas minas, pero habiéndolas estudiado en ella mas de los límites que nos proponemos guardar, los reservamos hacerlo en la próxima, concluyendo esta con manifestar que en el corto tiempo que va de haberse, han ocurrido en las labores de estas minas muchas desgracias, que por todos conceptos son dignas de lamentar.

J. R.

VISITA NOTABLE. Los príncipes Luis Napoleón y Gerónimo Bonaparte, visitaron a Wolvic el 6 del actual. Fueron recibidos por el coronel Crutten, el teniente coronel Witt, el mayor Cuppoge y el capitán Tyden, ayudante del cuartel general de la artillería real. La parada de la guarnición se verificó en el momento en que llegaban los príncipes, y por consiguiente asistieron a ella. En seguida pasaron a visitar los modelos de fortificaciones.

A las once se reunió la artillería montada a las órdenes del teniente coronel Strangware, y fué vista precedida por los príncipes. A las doce y media visitaron el cuartel, donde les habían dispuesto un almuerzo elegante.

En seguida el mayor general Weiber Smit llevó al gran depósito de artillería. Las observaciones hechas por los príncipes prueban que han estudiado y comprendido la utilidad práctica de ciertas invenciones modernas. Los príncipes dieron infinitas gracias a los oficiales por la amable acogida que les dispensaron y se restituyeron a la ciudad.

caso, y llevando la mano al pomo de su espada, como si a Muzaron precediese un ejército enemigo.

—Oh, qué bien lo decía yo! continuó Muzaron. ¡Y cuando pienso que a no haber yo insistido, hubiéramos pasado adelante!

—Pero qué es lo que hay, hablador de mil diablos, exclamó Agenor lleno de impaciencia.

—Lo que hay! Que Dios me ha conducido a ese lugar.

—Pero qué has sabido, cuerpo de Cristo! habla.

—He sabido que el rey don Pedro, quiere decir, que el rey don Pedro.

—¿Qué?

—¿Qué que ya no está en Segovia.

—¿De veras? exclamó Mauleon con desprecio.

—No señor! el alente ha vuelto ayer de una expedición que había echo con los principales del lugar para presentarse a don Pedro, el cual pasó antes de ayer por una vega que hay allá abajo viniendo de Segovia.

—¿Con dirección, a donde?

—A Soría.

—¿Con su corte?

—Con su corte.

—Y con Ab-del Motri, siguió Agenor vacilando.

—Sin duda alguna.

—Con Ab-del-Motri estaba en efecto, añadió el joven a media voz.

—Su litera... yo creo que no la pierda de vista, a no ser cuando duermes. Pero esa ahora anda bien guardada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que el rey no la abandone un momento.

—La litera?

—Si por cierto: la va escoltando siempre a caballo; y cerca de la misma litera recibió a la diputación del lugar que digo a vuesa señoría.

—Pues bien, mi querido Muzaron, vamos a Soría, dijo Mauleon con una sonrisa que no era bastante para disimular un principio de inquietud.

—Vamos, monseñor, vamos; pero ya no es cosa de seguir el mismo camino. Ahora estábamos de espaldas a Soría.

He tomado informes en el lugar: atravesamos la montaña a la izquierda y entramos en un desfiladero paralelo a la llanura: este desfiladero me economizará el paso de dos ríos y once leguas de camino.

—Sea en buen hora. Convento en aceptar tus instrucciones; pero piensa bien en la responsabilidad inmensa que contraes, un pobre Muzaron.

—Pues pensando en esa misma responsabilidad, creo conveniente decir a vuesa señoría que debiéramos quedarnos a morir en esa aldea. Ya ves que la noche se viene encima, y que apenas tendremos una hora de marcha.

—Pues aprovechemos esta hora, Muzaron; y puesto que tan bien informado estás, enseñame el camino.

—Pero y nuestra comida, señor? exclamó el escudero, tentando el último esfuerzo.

—Nuestra comida se verificará cuando encontremos una buena posada. Vamos, anda Muzaron.

El escudero no se atrevió a replicar: había advertido en las palabras de Agenor cierta entonación particular que conocía perfectamente. Cuando esta entonación de voz acompañaba a una orden cualquiera, no había que replicar nada.

Muzaron por efecto de una de esas súbitas combinaciones que nos presenta la mecánica, se bajó a tener el estribo a su señor, sin desprenderse de ninguno de los cascos con que llevaba cargados sus brazos, y volviendo a montar de nuevo con un equilibrio admirable y punca visto, pasó a vanguardia y se internó con aire resuelto en aquel desfiladero de montañas, que debía economizarle el paso de dos ríos y un trozo de camino de once leguas.

—¿Pues bien, mi querido Muzaron, vamos a Soría, dijo Mauleon con una sonrisa que no era bastante para disimular un principio de inquietud.

—Vamos, monseñor, vamos; pero ya no es cosa de seguir el mismo camino. Ahora estábamos de espaldas a Soría.

He tomado informes en el lugar: atravesamos la montaña a la izquierda y entramos en un desfiladero paralelo a la llanura: este desfiladero me economizará el paso de dos ríos y once leguas de camino.

—Sea en buen hora. Convento en aceptar tus instrucciones; pero piensa bien en la responsabilidad inmensa que contraes, un pobre Muzaron.

—Pues pensando en esa misma responsabilidad, creo conveniente decir a vuesa señoría que debiéramos quedarnos a morir en esa aldea. Ya ves que la noche se viene encima, y que apenas tendremos una hora de marcha.

—Pues aprovechemos esta hora, Muzaron; y puesto que tan bien informado estás, enseñame el camino.

—Pero y nuestra comida, señor? exclamó el escudero, tentando el último esfuerzo.

—Nuestra comida se verificará cuando encontremos una buena posada. Vamos, anda Muzaron.

El escudero no se atrevió a replicar: había advertido en las palabras de Agenor cierta entonación particular que conocía perfectamente. Cuando esta entonación de voz acompañaba a una orden cualquiera, no había que replicar nada.

Muzaron por efecto de una de esas súbitas combinaciones que nos presenta la mecánica, se bajó a tener el estribo a su señor, sin desprenderse de ninguno de los cascos con que llevaba cargados sus brazos, y volviendo a montar de nuevo con un equilibrio admirable y punca visto, pasó a vanguardia y se internó con aire resuelto en aquel desfiladero de montañas, que debía economizarle el paso de dos ríos y un trozo de camino de once leguas.

—¿Pues bien, mi querido Muzaron, vamos a Soría, dijo Mauleon con una sonrisa que no era bastante para disimular un principio de inquietud.

—Vamos, monseñor, vamos; pero ya no es cosa de seguir el mismo camino. Ahora estábamos de espaldas a Soría.

He tomado informes en el lugar: atravesamos la montaña a la izquierda y entramos en un desfiladero paralelo a la llanura: este desfiladero me economizará el paso de dos ríos y once leguas de camino.

—Sea en buen hora. Convento en aceptar tus instrucciones; pero piensa bien en la responsabilidad inmensa que contraes, un pobre Muzaron.

—Pues pensando en esa misma responsabilidad, creo conveniente decir a vuesa señoría que debiéramos quedarnos a morir en esa aldea. Ya ves que la noche se viene encima, y que apenas tendremos una hora de marcha.

—Pues aprovechemos esta hora, Muzaron; y puesto que tan bien informado estás, enseñame el camino.

—Pero y nuestra comida, señor? exclamó el escudero, tentando el último esfuerzo.

—Nuestra comida se verificará cuando encontremos una buena posada. Vamos, anda Muzaron.

El escudero no se atrevió a replicar: había advertido en las palabras de Agenor cierta entonación particular que conocía perfectamente. Cuando esta entonación de voz acompañaba a una orden cualquiera, no había que replicar nada.

Muzaron por efecto de una de esas súbitas combinaciones que nos presenta la mecánica, se bajó a tener el estribo a su señor, sin desprenderse de ninguno de los cascos con que llevaba cargados sus brazos, y volviendo a montar de nuevo con un equilibrio admirable y punca visto, pasó a vanguardia y se internó con aire resuelto en aquel desfiladero de montañas, que debía economizarle el paso de dos ríos y un trozo de camino de once leguas.

CAPITULO XXXIII

De como encontro Muzaron una gruta, y de lo que en ella había.

En tanto que los últimos rayos del sol pudieron servir de guía a nuestros caminantes, lo cual fue por espacio de una hora, según Muzaron había dicho, no hubo dificultad alguna; pero desde el punto en que el resplandor de aquel poderoso lunar abandonó el último pico de la sierra, la noche desplegó su nebuloso manto con tal rapidez, que apenas dejó observar a Muzaron y a su señor, cuya espardado era y por consiguiente cuán peligroso el camino que llevaban.

Así no bien habían pasado un cuarto de hora de marcha en medio de aquella oscuridad, Muzaron se detuvo sin más ni más.

—Oh! señor Agenor, le dijo el escudero, el camino cada vez es mas enlaidado, ó por mejor decir, ya no hay camino alguno que se pueda andar en conciencia. De seguro nos rompemos la crisma, si vuesa señoría se empeña en seguir mas adelante.

—Diablo! exclamó Agenor, ya sabes que no soy muy malo de contestar: sin embargo, la posada me parece un tanto campestre. A ver si podemos ir algo mas allá.

—Imposible! estamos en una especie de plataforma que domina el precipicio por todas partes. Parémonos aquí, señor, ó hagamos siquiera alto: vos debéis conocer que por la práctica que tengo en esto de andar montañas os podré buscar algún sitio donde pasar la noche.

—Ven por ahí algunos gran humareda? preguntó Agenor, sonriendo al mismo tiempo.

—No, pero estoy husmeando una magnífica gruta con cortinas de yedra y paredes de musgo.

—Si, donde podremos entretenernos con toda una legión de bubos, lagartos y serpientes, que son perres que demueven.

—A fe mía, señor, que esa no será culpa de vuestro escudero. A la hora en que estamos y en el lugar donde nos encontramos, no me dan gran cuidado. Los animales que vuelan ó se arrastran por el suelo, sino los que andan; además de que vos no sois asaz supersticioso para tener miedo a los buehos y yo no creo que los lagartos y culebras tengan que morderte mucho en vuestras piernas de hierro.

—Ea, pues, detengámonos aquí, dijo Agenor.

Muzaron echó pie a tierra y ató a un árbol la brida de su caballo, mientras que su señor sin darse cuenta de su rocinante aguardaba impávido, semejante a la estatua euestré del valor y de la serenidad.

Entretanto el escudero, con ese instinto cuya buena voluntad decupla la fuerza y la destreza, se puso a explorar por todas las cercanías.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora, cuando volvió con la tizona desenvainada y el aire de un verdadero conquistador, diciendo:

—Per aquí, señor, por aquí, venid a ver nuestro alcazar.

—¿Qué diablos tienes? preguntó el caballero: me parece que estás un poco achispado.

—Lo que tengo, señor, es que me he batido como un león contra un bosque de enredaderas que querían hacerme prisionero; pero con el auxilio de mi brazo y de mi espada he conseguido abrirme paso: entonces todas las hojas húmedas con el rocío, han llovido sobre mi cabeza: al mismo tiempo salió una nube de murciélagos, y la plaza cayó en mi poder. Figúrate, señor, una magnífica galería, cuyo pavimento es de flósimi y metuda arena.

—Oh! ciertamente eso es bueno, dijo Mauleon siguiendo a su escudero, pero dudando al mismo tiempo no poco de tan bellas promesas.

Mauleon no tenía motivo para ser tan escéptico: apenas había dado unos cien pasos por una cuesta bastante pendiente, cuando en un punto donde el camino parecía interceptado por un muro, comenzó a sentir bajo sus pies una cama de hojas frescas y una tala de ramaje corto, resultado de la carnicería hecho por Muzaron. Así siguieron un rato como a tantas guías únicamente por el aire que daba al rostro del caballero el viento silencioso de los grandes murciélagos, impacientes por volver a tomar posesión de su morada.

—Oh! exclamó Mauleon, esta es la cueva de algún mago en cantador.

—Descubierta por mí, y estoy seguro, señor, que ningún ser humano ha puesto a aquí el pie antes que yo! qué digo, se

